

El General Herrera

No sería posible escribir un juicio exacto sobre el General Herrera en momentos en que aún parecen escucharse sus últimas palabras, reveladoras del temple heroico de su espíritu, cuando todavía no se han enfriado del todo esas manos fuertes de conductor de pueblos. El fatal desenlace apenas si permite meditar con amargura en la pérdida suprema que ha sufrido la República, en la desgracia irreparable caída sobre el liberalismo, que pierde en su Jefe al más grande de sus prestigios y al más insigne de sus servidores.

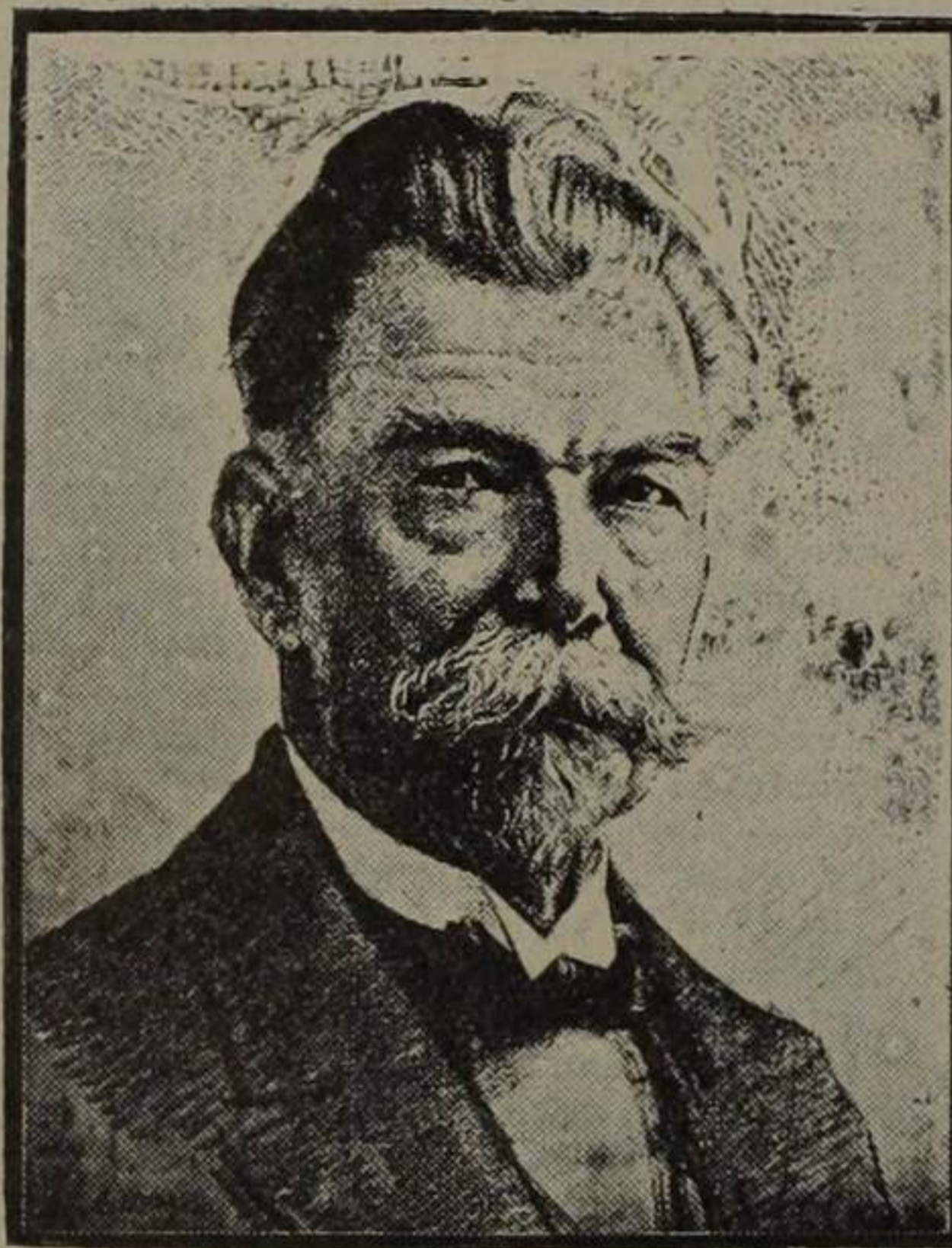
A lo largo de la vida del General que llegó a la vejez con sus energías intactas y con un vigor titánico que por muchos días logró mantener a raya al mal formidable que lo acosaba, se destacan como rasgos característicos, al lado de sus excelsas dotes de guerrero, su perfecta y diamantina honradez, su ardiente patriotismo y su amor ilimitado por la causa liberal. Hijo de su esfuerzo, escaló sin ajena ayuda las más altas posiciones, se impuso a todos por sus méritos incontestables y en trayectoria maravillosa, de modesto Oficial de la guardia colombiana pasó a ser no sólo el más grande de nuestros prestigios militares, sino también el primero de nuestros hombres civiles, y el Jefe indiscutible, y en muchas horas unánimemente seguido, de una colectividad política que correspondió a sus servicios con una devoción sin par en nuestra historia. Y jamás la calumnia pudo hacer mella en su reputación granítica, que era un timbre de honor para la Nación y le mereció ser considerado con justicia como el más alto modelo de desinterés y de austera probidad.

Bien conocidas son de todos sus dotes de caudillo, de organizador militar, de estratega; en las campañas en que tomó parte realizó a maravilla el ideal del Jefe, por su visión prodigiosa y su talento; por su valor y su serenidad; por su entereza indomable, a la cual daban los reveses mayor firmeza; por ese innato dón de mando que le rendía las voluntades y que en la hora de la tormenta crecía con ésta hasta superarla; por ese corazón leonino que en un instante crítico le hacía jugar la vida sin vacilar y le permitía reprimir insubordinaciones violentas armado sólo de su fiereza incontrastable, y de su auténtica superioridad. ¡Cuántas anécdotas de su vida de soldado nos lo pintan, erguido en su audacia intrépida, desafiando los más negros peligros, atreviéndose cuando todos vacilaban, restableciendo la disciplina cuando el pensar lo siquiera era ya temerario, aprisionando la victoria cuando el desastre parecía seguro, lleno de fe cuando los más creían todo perdido, y sonriendo con estoica tranquilidad

cuando la muerte parecía ya dueña de todas las salidas y lo cercaba con círculo de hierro menos fuerte que su valor y su fortuna!

* *

Pero no son sus dotes de guerrero las que más nos seducen; por sobre ellas resplandecen las de hombre civil, que fue revelándose cada día más al través de los laureles y de la gloria de su espada. En su campaña de Panamá, al lado del Jefe de un ejército vencedor, brilla con fulgor de intensidad creciente el patriota, el hombre de corazón generoso que aspira a civilizar la guerra, a impedir que ella cave abismos de odio entre hermanos, a ennoblecerlo con el calor de la hidalguía



[Gral. BENJAMÍN HERRERA

Calí, 1849.—Bogotá, febrero 29 de 1924.

(Dibujo de LEUDO. Cromas, Bogotá).

y de la misericordia. Dos documentos publicamos hoy, que lo muestran lleno de grandeza, rindiendo honores al compatriota vencido; pidiendo desde su altura de triunfador al Jefe adversario medidas para aplacar los furiosos de la contienda. Y más tarde, cuando vio que a su ejército vencedor le cerraba el paso una lúgubre amenaza de intervención extranjera, y que su triunfo podía ser peligroso para la unidad de la patria, el guerrero se eclipsó para que hablara sólo el patriota, y a la patria sacrificó Herrera algo más que su vida: la victoria que le sonreía ya, el ideal perseguido a través de mil combates y que él no vaciló en ofrendar ante la imagen de la República, cuya mutilación no supieron evitar los que de tal sacrificio fueron usufructuarios.

Un año después, a los oídos de Herrera llegó—en su retiro de Pamplona—la noticia de que sobre Panamá había caído el zarpazo del Norte, y se trataba de arrebatar a Colombia su más rica región. El ilustre caudillo había saboreado la amargura del Tratado violado, y sentía que el Gobierno no había comprendido la abnegación que implicaba el holocausto del «Wisconsin», y que éste no había dado los frutos de justicia y de verdad que él esperaba: sin embargo, no vaciló. Otra vez callaron en su alma todas las voces que no eran de amor patrio, y se apresuró a ofrecer sus servicios al Gobierno conservador para defender la común heredad, y a pedir a los liberales todos que lo imitaran y que ante el peligro extraño depusieran todo resentimiento y pensaran sólo en el interés nacional.

El Manifiesto que lanzó entonces bastaría para inmortalizarlo, si para ello no fuera suficiente el Tratado del «Wisconsin», y termina con palabras que deberían grabarse en letras de oro sobre los muros del Capitolio nacional, como el más alto grito de patriotismo, como la más noble y necesaria aspiración del alma nacional:

«Que los que soñaren en desmembrar u hollar impunemente el suelo colombiano prevalidos de nuestras querellas domésticas, sepan que ante el peligro de la patria, conservadores, nacionalistas y liberales perdemos esas denominaciones para llamarnos únicamente colombianos».

Si toda la vida fue el General Herrera liberal irrevocable, lo fue como colombiano que consideraba esa política la más fecunda y benéfica para la República. Los que no lo conocían, creían ver en él un rígido hombre de partido, combativo e intransigente, y falsificaban así su verdadero carácter. Nadie más amigo que él de la conciliación y de las transacciones decorosas; nadie que más rápidamente abandonara el punto de vista partidista cuando el interés general estaba de por medio. Entró en 1909 con lealtad y entusiasmo ardorosos en la unión republicana que dió en tierra con la dictadura y fue Jefe de esemovimiento, al que llevó a la victoria con la elección del Dr. Carlos E. Restrepo para Presidente de la República. Conocemos todas las intimidades de esa batalla política, referida por sus distintos autores, y nos consta hasta qué punto supremo la dirigió Herrera, y cómo suya fue la victoria, ganada con mayor esfuerzo, con más tesón, con más extraordinaria habilidad de las que fueron necesarias en Peralonso o Aguadulce. Y fue el director de ese enorme movimiento político que se llamó la Coalición, otro esfuerzo magno para formar una falange progresista con elementos de diversos campos y destinada a servir a la patria sin otra divisa que los tres colores del pabellón nacional.

(Pasa a la página 59)